

La cura | Claudia Masin*

En *La Cura*, el daño se repite como un bucle: “(...) acá es donde empezó el deterioro, donde me di por vencida / y acepté que la fealdad o la tristeza / eran irreversibles”. Frente a la materia del trauma, la imaginación es el instrumento con el que recomponemos y reparamos lo dañado o el medio con el que soltamos los hilos del aprendizaje de nuestra educación sentimental. La infancia es un caos que es necesario acompañar: “La niñez es un temporal que pasa rápido, / y rápido hay que seguir la estela que dejó para no perderla⁴”. La tarea para borrar el malestar laberíntico ocasionado desde afuera consiste en regresar a ese primer contacto con el mundo donde nuestra voz estaba intacta y sana.

La realidad fija en toda oportunidad las experiencias que demandaron una lectura atenta; estas hablan profundamente de la falta dominada por diversas y confusas formas de los afectos. En este proceso es necesario reconocer la subversión de toda rigidez instintiva mediante la analogía con los minerales, los animales y los fenómenos cambiantes de la naturaleza acompañados por sus leyes imprevistas e intraducibles.

* Masin, Claudia. (2016). *La cura*. Buenos Aires: Hilos Editora.
4 Ídem.

Hay quienes separan a los animales
en amigables y enemigos, entre los mansos
que se pueden llevar a casa y atar con una cuerda,
y los que hay que salir a buscar en sus guaridas
para matarlos antes de que ataquen.

Es lo que ocurre también con los seres humanos al ser clasificados entre los lastimados y los poderosos, como si la posibilidad de existir dependiera de la selección natural o de un orden biológico preexistente.

Para Masín lo que sucede en la escritura es una manifestación del modo en que concebimos los vínculos con los demás. Hay herencias afectivas y relaciones de parentesco en juego desde las que nos narramos: “Cada uno carga su familia como los mendigos sus bolsas raídas, / esas cosas que ya no sirven para nada, / pero no se pueden abandonar”. La familia no se reduce a un hecho biológico o una suerte de comunidad sostenida nada más que por los instintos, sino que es más complejo: son vínculos que se mantienen mediante el orden de los sentimientos y se inscriben en la experiencia de cada uno de nosotros como una atadura: “Hablo / de atarnos a detalles tan insignificantes que no serían jamás parte del drama y por eso mismo no podrían / convertirse en el hueso de tu infelicidad”. La voz en estos poemas parece estar aislada de la tradición familiar y busca enseñarnos una manera diferente de vivenciar las correspondencias personales sin perder nuestra singularidad.

Del mismo modo, si existe el daño existe en consecuencia la reparación y tanto uno como otro no pueden concebirse contradictorios sino más bien como polos coexistentes y opuestos

de una misma vivencia, como sucede con los movimientos del caracol: “decidiendo la forma en que vas a reparar / lo que está roto, a hacer funcionar / lo fallado” o las reflexiones del poema “Estanque”: “Para quienes fueron dañados, / todo lo que llega después del daño / es una gracia”, como si aquel que fue dañado supiera de antemano que todo aquello que el mundo o la vida rechazan, termina por reunirse en algún punto remoto o por regenerarse de la misma manera que lo hacen las ramas de los árboles.

Un veneno de sí | Fernando Araldi Oesterheld*

Los versos de Araldi Oesterheld articulan una poética original a partir de la tensión en los límites de lo decible. Esto implica una elección y una decisión: escribir desde la pérdida. Por mi parte, la pregunta a formular sería de qué forma materializamos o textualizamos la ausencia.

Porque escribir supone inventar una lengua, en este caso un idioma complejo semejante a la mudez de las piedras o a las notas de sonido guardadas en una caja de resonancia apenas audible. Así, el lenguaje sería, más que un instrumento, un espacio donde acontece toda forma de vida: “Hubo un idioma para despertar, / el silencio más íntimo / nos da lo que no podemos dejar ir”. Si construimos filiaciones con los otros, si edificamos sentidos, lo podemos hacer en la medida de que el lenguaje nos lo permita y funcione como una especie de ancla con la cual nos aferramos a lo real.

La poesía actúa de igual manera, y en ese sentido *Un veneno de sí* daría cuenta de ello, que no siempre es un ancla, sino más bien urgencia y quién dice que no pueda ser el poema una suerte de oración o de plegaria para ordenar de alguna manera la experiencia traducida en imágenes que rozan

* Araldi Oesterheld, Fernando. (2016). *Un veneno de sí*. Buenos Aires: Mansalva.

lo onírico: “Yo soy mis ojos calavera, los labios de negro, / los huesos blancos y desnudos / como rayos en la luz que vibran / con todo lo que enloquece la realidad”. Por momentos hay chispazos en el texto que nos hacen pensar en el poeta como un animal imaginario que se encarga de enunciar la palabra inicial que activa y resignifica todo lo vivido:

Estás respirando, hay lluvia que cae,
así es tu resplandor
y todo un temblor como un tiempo inacabado,
único, para mirar y existir, no hablar y que hable
la noche
Estás respirando, hay lluvia que cae,
así es tu resplandor.

Esos mismos chispazos que parecieran no tener dirección dislocan la lectura llenando la página de espacios en blanco y redefiniendo un mapa de ruta improvisado para el lector, encandilan a la manera de un brillo intenso o un fognazo que rompe la distancia entre el destinatario ocasional y el propio texto. En otras palabras, a la hora de tejer una referencia concreta con el mundo nos preguntamos qué somos antes de nacer, ¿acaso somos sombra?, ¿somos voz?, ¿luz?

Hay una iconografía religiosa elaborada con aquello que a cada segundo se apaga y se pierde y la memoria se sostiene mediante sensaciones minúsculas:

El ángel de la guarda afila sus uñas, alisa sus cabellos
y traza un jardín (...) ¿Pero qué dijo antes de hablar,
por quién juró bajo las nubes y ya no pudo
contener esa promesa de una vez
y para siempre?

A lo mejor desde aquí la tarea del poeta consiste en restaurar la pérdida, mantener imborrable esa palabra originaria en el corazón del silencio que nos mantiene a salvo de la intemperie, por eso el resplandor sombrío de la poesía de Oesterheld que parecieran dibujar temporalmente las coordenadas desde las que narramos nuestra identidad sin mucho más para decir.